

LECTURA DE LA MESA POLÍTICA DE HEGOALDE SOBRE LA SITUACIÓN DEL ESTADO ESPAÑOL

La crisis del Régimen, la oportunidad política y nuestra responsabilidad

Para comprender la actual situación político-institucional, es imprescindible tener en cuenta la constitución y la evolución del Régimen del 78. El proceso que en el Estado español se denominó “transición” no trajo consigo una ruptura democrática con el anterior régimen franquista. Al contrario, los principales aparatos del Estado, los poderes económicos, los jueces y las fuerzas de seguridad, bajo el paraguas de la monarquía, tuvieron una notable continuidad, sin una depuración real. A ello hay que añadir que el Régimen del 78 dejó sin resolver debidamente, en términos democráticos, las cuestiones nacionales, especialmente la cuestión vasca. Inició su andadura llevando en su interior la opresión de Euskal Herria y la voluntad de su asimilación.

La reforma del franquismo tuvo una segunda fase con la llegada del PSOE al Gobierno. En aquel periodo se asentaron algunos de los principales pilares del Régimen: la plena integración en las estructuras geopolíticas y económicas occidentales, a través de la OTAN y de la Comunidad Económica Europea; duras transformaciones económicas, con profundas consecuencias para la clase trabajadora y el tejido industrial; y la gestión de la cuestión vasca desde la perspectiva de la “pacificación”, y no desde la normalización democrática.

Así se consolidó durante largos años la principal arquitectura política del Estado español: el bipartidismo, la monarquía, la continuidad de los aparatos del Estado y, en muchos momentos, los acuerdos con las derechas de las naciones sin Estado. El PSOE se convirtió en una de las piezas principales del Régimen, en simbiosis con los poderes reales. Sin embargo, el sustrato del Estado ha tenido siempre un carácter reaccionario y regresivo. La derecha ha sido la verdadera propietaria, y la izquierda, la inquilina. El modelo de PSOE que ha aceptado el Régimen ha sido aquel que ha interiorizado el marco del 78 como objetivo político final. No es casualidad, por tanto, que el propio Felipe González sea todavía hoy uno de los principales defensores y portavoces del Régimen.

De las crisis a las grietas, de las grietas a las alarmas

Pero las crisis del Régimen se han ido sucediendo una tras otra durante décadas. La crisis territorial, por la fuerza de las reivindicaciones nacionales vasca y catalana; la crisis institucional, por los escándalos de la monarquía y la corrupción de los grandes partidos; las crisis económicas, por la estructura productiva desequilibrada del Estado español; y la crisis de representación política, por el desgaste del bipartidismo asentado durante décadas.

En la década pasada, tres fenómenos abrieron profundas grietas en la arquitectura del Régimen: el movimiento 15-M y la irrupción de Podemos; el proceso independentista catalán; y el nuevo ciclo político en Euskal Herria, que ha traído consigo la acumulación de fuerzas del soberanismo de izquierdas y el crecimiento institucional y social de EH Bildu. Aunque los dos primeros fenómenos han sufrido un claro retroceso, su impacto y la crisis estructural del Régimen cambiaron el panorama político. En el caso de Catalunya, la respuesta del Estado fue totalmente explícita: el discurso de Felipe VI del 3 de octubre de 2017 mostró claramente cuál es la prioridad de la monarquía y del Estado profundo.

La ruptura del bipartidismo ha llevado al Estado español, en los últimos siete años, a una situación inédita: se ha abierto la posibilidad de articular una mayoría plurinacional y progresista en el Congreso español. El

PSOE, sin embargo, se ha movido desde el tacticismo, y todavía no ha dado el paso de reconocer sin ambages a las naciones sin Estado ni de apostar firmemente por la democratización del Estado.

Aun así, la mera posibilidad de imaginar cambios democráticos profundos ha encendido todas las alarmas en los poderes reales. La frase de Aznar –“el que pueda hacer que haga”– expresa con toda claridad esa lógica: cada poder disponible debe actuar desde su propio ámbito para abortar esa posibilidad política. En ese contexto debe situarse la ofensiva judicial-policial de los últimos años.

La judicatura, junto con la Guardia Civil y otros aparatos del Estado, se ha convertido en una de las principales garantías del Régimen. La función de tutela que en la transición se atribuía al Ejército la cumplen hoy, en gran medida, el poder judicial y los aparatos policiales. No actúan de forma neutral contra la corrupción; actúan contra las opciones políticas que podrían permitir cambios de calado. El legado político que Franco dejó a Juan Carlos I antes de morir sigue siendo todavía hoy la principal obsesión del Estado: la unidad de España.

La realidad de la corrupción y el verdadero objetivo de la operación actual

Esto no significa que deban minimizarse los casos de corrupción. En absoluto. La corrupción ha existido y existe. Es más, una de las raíces de la corrupción política e institucional se encuentra en el propio origen del Régimen del 78: en una transición sin ruptura, muchos de los poderes económicos, políticos e institucionales que sostuvieron el franquismo se convirtieron en pilares de la nueva “democracia”. Las financiaciones opacas de muchos partidos, los acuerdos con grandes empresas, las redes vinculadas a la construcción, el clientelismo, el amiguismo y el enchufismo han degradado la vida política y debilitado la calidad de los servicios públicos.

Por eso, la lucha contra la corrupción no puede ser superficial. No basta con actuar contra las personas corrompidas; también hay que actuar contra las estructuras, las redes y los intereses económicos que corrompen. Combatir la corrupción es combatir el clientelismo, el amiguismo y el enchufismo. A la política se viene a servir al pueblo, no a servirse de él. EH Bildu puede decir con orgullo que siempre ha actuado así, gracias a sus principios políticos, éticos y militantes.

Los presuntos casos de corrupción conocidos estos días exigen, respetando la presunción de inocencia, una respuesta sólida, clara y estructural. EH Bildu actuará con rigor y responsabilidad en este ámbito. Pero, al mismo tiempo, no podemos permitir que se nos nuble la mirada. Hay quien reclama adelantar las elecciones generales para “desbloquear” la situación. Pero hablemos en serio:

¿alguien cree realmente que la alternativa a la corrupción es un Gobierno de Feijóo con el apoyo de Vox?
¿Alguien cree que el objetivo de la derecha y de la extrema derecha es acabar con la corrupción sistémica?

El objetivo no es acabar con la corrupción. El objetivo es otro: cerrar la ventana de oportunidad. Para ello, quieren destruir el llamado “sanchismo”, con el fin de llevar al PSOE de nuevo al lugar del que nunca debió salir: los pactos de Estado, el bipartidismo político y la estabilidad del Régimen, tras obligar al partido a atravesar una dura travesía que pondría en serio riesgo incluso su propia supervivencia. Así quieren cerrar la posibilidad de que una mayoría plurinacional y progresista ponga en marcha los cambios democráticos que quedaron pendientes en el diseño del 78.

Fortalecer nuestro modelo, desarrollar nuestra agenda

En esta situación, EH Bildu ha querido compartir este análisis con su militancia, con toda la prudencia, responsabilidad y exigencia necesarias. Todas las encrucijadas entrañan riesgos, pero también oportunidades. Nuestra tarea es clara: cerrar la puerta al autoritarismo, reforzar la ejemplaridad política frente a la corrupción y el clientelismo, avanzar en la soberanía de Euskal Herria e impulsar una transformación social y democrática.

La crisis del Estado español no debe sustituir nuestra agenda. Al contrario, esa crisis evidencia aún más la necesidad de que Euskal Herria haga su propio camino. Nuestra tarea no consiste en quedar subordinados al ciclo político de Madrid –aunque este tendrá incidencia, por supuesto–, sino en abrir oportunidades políticas desde Euskal Herria, dar pasos en soberanía y organizar las mayorías sociales de este país.

Debemos insistir en nuestro propio ámbito para desarrollar todo ello. Euskal Herria es el epicentro de la liberación nacional y social. Estamos fortaleciendo nuestra actuación en este país para desarrollar desde aquí un proceso popular, alcanzando los acuerdos y las correlaciones de fuerzas necesarias. También debemos prestar atención a la situación del Estado —ya sea para aprovechar oportunidades, ya sea para hacer frente a la ofensiva autoritaria—, pero sin desdibujar la agenda propia de Euskal Herria: poniendo en el centro los derechos nacionales de este país, los derechos sociales, los servicios públicos, la igualdad, el euskara y unas condiciones de vida dignas.

La ética, la honestidad y el compromiso de estar al servicio de este pueblo serán nuestra brújula. Ahí reside la fuerza de EH Bildu. Y desde ahí seguiremos trabajando.